

ORANDO CON LA PALABRA

(Fiesta de la Sagrada Familia)

“ Cuando llegó el tiempo de la purificación, según la ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén, para presentarlo al Señor (de acuerdo con lo escrito en la ley de Señor: Todo primogénito varón será consagrado al Señor”) y para entregar la oblación como dice la ley del Señor: “un par de tórtolas o dos pichones”. Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre honrado y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel y el Espíritu Santo y el Espíritu Santo moraba en Él. Había recibido un oráculo del Espíritu Santo: que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu Santo, fue al templo. Cuando entraban con el Niño Jesús sus padres para cumplir con él lo previsto por la Ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: “Ahora Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos, luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo, Israel “. José y María, la madre de Jesús, estaban admirados por lo que se decía del niño. Simeón los bendijo diciendo a María su Madre : “Mira Este está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten, será como una bandera discutida, así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti una espada te traspasará el alma”: Había también una Profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana, de jovencita había vivido siete años casada y llevaba ochenta y cuatro de viuda, no se apartaba del templo día y noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Acercándose en aquel momento, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Israel. Y cuando cumplieron todo lo que prescribía la Ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría, y la gracia de Dios, lo acompañaba

(Lc. 2,22-40)

Tras celebrar la encarnación de Dios hecha cauce de Salvación desde la fragilidad de un Niño, la Palabra, en este domingo, Fiesta de la Sagrada Familia, nos va a seguir mostrando, cual es el espíritu, el estilo que ha de ir configurando la vida de una familia creyente en Jesús.

Familia sencilla y pobre, familia que responde a sus compromisos en fidelidad. Familia que asume en fe el desconcierto que suscita el misterio que rodea a Jesús, familia que acompaña y ve crecer al hijo, bendecido por la gracia y la fuerza de Dios.

El texto de Lucas nos presenta también dos figuras entrañables, Simeón y Ana, dos creyentes ancianos, que siguen confiando y esperando hasta el fin y que agradecen, bendicen y anuncian que en este Niño, está la salvación.

La familia de Nazaret nos invita a redescubrir los valores fundamentales que hacen de la familia, del hogar, espacio de cariño y ternura, de fe sencilla y recia, de compromiso silencioso y humilde y a replantearnos , si estamos haciendo “familia” en nuestra realidad inmediata y en nuestro mundo.

Que como Simeón y Ana, vivamos la esperanza como fuerza que dinamiza nuestra vida y nos impulse a bendecir al Dios que se hace pequeño y frágil para estar con nosotros y a proclamar que en Él, está la Salvación.

ORACIÓN

Tras compartir
la celebración entrañable
de tu Presencia hecha fragilidad
con rostro de Niño,
tu Palabra, Señor
nos vuelve a suscitar
lo que esperas y sueñas
de cada uno de nosotros,
de nosotros formando familia,
de nosotros, haciendo humanidad.

Con tu familia de Nazaret
nos muestras
los valores sencillos
que hemos de ir transmitiendo
en nuestro modo de ser, de estar,
de vivir,
como familia de los hijos de Dios.

Que respondamos
a los compromisos adquiridos,
con la fidelidad cotidiana
del que se sabe
miembro vivo y responsable
de un proyecto común.

Que el amor
nos envuelva
y nos haga amanecer con ilusión
cada mañana.
Que nos haga respetar
la realidad de cada uno
y compartir las dificultades,
los proyectos y la fe.

Y cuando los frutos del amor
llenen de risas y alegría la casa,
sepamos acompañar su crecimiento
en libertad.

¡Vuelve, Señor,

tu mirada sobre nuestras familias
y haznos redescubrir, una vez más,
que necesitamos vivir
en sinceridad y sencillez,
sin sombras, sin sospechas,
con transparencia.

Que hagamos del hogar,
el espacio cálido
dónde se comparte la vida y la fe,
dónde uno se siente querido,
acogido, acompañado,
apoyado, valorado.
Y que esta experiencia de hogar,
la sigamos abriendo
a la casa del mundo.
Que las personas y los pueblos
acortemos distancias,
busquemos cauces
de diálogo y convivencia.
Que se compartan recursos,
culturas,
que cuidemos la tierra
como espacio de vida
y futuro para todos.

Que vayamos tejiendo la vida, Señor,
con la esperanza fiel
de Simeón y Ana.
Que vivamos
bendiciendo,
agradeciendo,
anunciando
que Tú nos amas y nos salvas.
Que descansemos, cada día,
en el gozo y la paz
de saborear tu presencia,
de sentirnos salvados
en tu luz y en tu fidelidad.

Amén.

(Hna. F.Oyonarte)

